

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

20/2017

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Sevillano, Francisco, *La cultura de guerra del «nuevo Estado» franquista. Enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 477-479



Universidad
de Navarra

Sevillano, Francisco, *La cultura de guerra del «nuevo Estado» franquista. Enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017, 197 pp. ISBN: 9788416938513. 13'90€

ÍNDICE. INTRODUCCIÓN. La «cultura de guerra» como legitimación del «nuevo Estado» franquista. *Primera parte*. Ellos son el enemigo. CAPÍTULO 1. Las mil caras del comunismo. CAPÍTULO 2. La estigmatización de los vencidos en la posguerra española. CAPÍTULO 3. La representación del enemigo en la «España nacional». CAPÍTULO 4. Guerra de palabras. El discurso político de la derecha en las elecciones de febrero de 1936. *Segunda parte*. Nosotros somos España. CAPÍTULO 5. Franco y José Antonio: caudillo y profeta de España. CAPÍTULO 6. *Pro patria mori*. El culto a los muertos en la España de posguerra. CAPÍTULO 7. La política del «combatismo» en el «nuevo Estado». CONCLUSIONES. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

La guerra no se limita al intercambio de disparos y, como se aprecia con creciente claridad desde 2001, ni siquiera al enfrentamiento entre dos contendientes. El final del conflicto no implica necesariamente la paz, como mostró Keith Lowe en *Continente salvaje*, y sus secuelas van mucho más allá de la derrota o de la victoria. De hecho, una guerra conlleva un cambio profundo en los comportamientos por la incesante movilización que implica, lo que produce huellas que perduran en el tiempo. La guerra en la contemporaneidad ha implicado de forma creciente un afán de totalidad en el que la existencia de enemigos presume que han de ser descritos de forma que no sean simplemente los oponentes, sino aquellos a los que suprimir por incompatibilidad con los principios que han llevado al conflicto. Propusieron así Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker el concepto de «cultura de guerra» (no sin objeciones significativas que aun perviven con fuerza), que muestra cómo las referencias en las que se apoyó la comprensión del conflicto mientras estaba en activo, y la concienciación que la respaldó, pueden pervivir mucho más allá del cese de las hostilidades y marcar con los trazos definidos en ella a las generaciones posteriores. De hecho, los rasgos principales de una cultura de guerra serían la violencia, el odio, el consentimiento social y la dimensión escatológica.

De ahí la pregunta que se plantea el autor en esta nueva reflexión sobre un tema al que ha dedicado un esfuerzo considerable desde hace dos décadas: «en qué términos y hasta qué punto el discurso político que dio significado al conflicto que estalló produjo una «cultura» que pudiera articular colectivamente las percepciones e influir en las preferencias y las evaluaciones individuales» (p. 9). La guerra civil sirvió como fundamento para legitimar el régimen franquista y buena parte de los rasgos que se emplearon en ella perduraron en los inicios del mismo, constituyendo así una cultura de guerra en la que se incluyó lo que George L. Mosse calificó como la «brutalización de la política» (*Soldados caídos*, pp. 205-30).



A partir de esta propuesta de análisis, el libro busca mostrar la dualidad implícita en la guerra y en la cultura de guerra generada, mediante la descripción de un 'ellos' y un 'nosotros' nítido y sin matices, al hilo de la comprensión global necesaria para conseguir la caracterización del enemigo en toda su iniquidad, y la del amigo en toda su extensión. De hecho, estas dos son las partes en que se dividen las páginas analizadas, primero mediante el estudio de la descripción del enemigo y, segundo, a través del examen de los rasgos de quienes se enfrentaban a él.

El enemigo se definió en el lenguaje que antecedió a la sublevación, ya durante la II República, mediante su caracterización como la anti-España, en una afirmación en la que jugaron un importante papel todos los instrumentos capaces de generar reacciones emocionales, especialmente el miedo a la revolución y los peligros inherentes a esta según un modelo que se había extendido por toda Europa desde 1917, pero que tenía antecedentes previos, por ejemplo, en 1870. Frente a ella se requería unidad con la que afrontar la anarquía y la amenaza de la conspiración, siempre identificada con precisión en grupos o individuos que pasaban a convertirse en el enemigo global al que había que destruir. Cuando estalló la guerra, los rasgos de los antagonistas estaban perfilados y se había despejado cualquier duda sobre la identificación de los contendientes. La propaganda afirmó con fuerza esos principios y los llevó al extremo mediante los estereotipos y la deshumanización, pues era sobre el terror y la banalización de la violencia, sobre el odio y su normalización social, como se confirmó un dualismo extremo. En esta situación de emergencia máxima, de peligro sistémico, cabe incluir los excesos y brutalidades, que se convirtieron en muchas ocasiones no en una consecuencia, sino en un fin en si mismos.

Los enemigos pasaron, desde 1939, a considerarse como vencidos. Ya no eran solo la encarnación del 'ellos' al que enfrentarse en combate, sino la demostración palpable de la derrota, la reafirmación categórica del 'nosotros', la reafirmación de los estigmas que se venían acumulando en el proceso de construcción de la cultura de guerra. Masones, judíos y especialmente comunistas fueron las denominaciones que sirvieron para definir con rasgos identificables al enemigo derrotado, al 'rojo' que resumió de forma concluyente todos los rasgos del oponente. Su caracterización descendió al olor, a la suciedad (chinches y cucarachas como acompañantes habituales), a la ausencia del sombrero... a rasgos que refrendaban la radical distinción entre amigo y enemigo. Pero junto a ello se advirtió también de la existencia de enemigos internos, solapados, murmuradores, derrotistas (como Gerardo Salvador Merino), aquellos que so capa de cercanía a los valores verdaderos mostraban un fondo que los convertía en contrincantes aun más sibilinos y peligrosos, por lo que «urgía aislar todo germen de discordia» (p. 55). Pero tal vez la figura que de forma más longeva encarnó ese peligro fue el comunismo, como señala el autor al mostrar la perduración de arquetipos negativos sobre él durante la transición. De ahí la necesidad

RECENSIONES

de definir la postura opuesta y señala la posición anticomunista como la única viable en el marco de la cultura de guerra del franquismo, en una tensión permanente frente al enemigo interior.

Ante este horizonte amenazador que mantuvo la necesidad de una respuesta permanente, se definió un 'nosotros' en el que resaltaron figuras paradigmáticas como Franco y José Antonio, cuyo carisma se construyó como encarnación de los valores del nuevo régimen. Se estudia en estas páginas la mitificación de ambos y los recursos empleados para ello, como el caudillismo y la transferencia de sacralidad, pero sobre todo el recurso al culto a los muertos como instrumento privilegiado que aunaba lo sacro con el ceremonial y el rito, la liturgia y la emoción, la capacidad evocadora de lugares de la memoria como Paracuellos o el valle de los Caídos, asociada además a los monumentos y conmemoraciones que surgieron de inmediato: «El sacrificio de los "caídos" se había convertido en el mito central de la ideología del Movimiento» (p. 151). Se empleaba todo ello con el objeto de conseguir la unificación de todas las facciones y del conjunto de los españoles en torno a los valores que encarnaban los líderes carismáticos.

Podría objetarse que todo lo señalado no fueron sino rasgos más o menos superficiales de la cultura de guerra, momentos excepcionales de especial exaltación. Sin embargo, recoge el autor la difusión de estos principios a niveles más cotidianos, como el del trabajo o la vida civil, en el que el mito de la experiencia de la guerra, en expresión del ya citado Mosse, seguía ejerciendo una considerable presencia a través de las ventajas para los excombatientes, de su asociacionismo y omnipresencia como recuerdo permanente de la guerra y sus consecuencias.

A través de numerosos ejemplos extraídos de la prensa, las publicaciones, documentación y su reflejo cotidiano y extraordinario, el prof. Sevillano muestra la necesidad de seguir ahondando en la complejidad de los fundamentos de un régimen, el franquista, cuyas raíces penetraron con profundidad en el tejido social español. A ello se dedica desde hace tiempo y nos sigue revelando los matices de un fenómeno que todavía en nuestros días plantea preguntas y expresa el profundo desconocimiento, cargado de lugares comunes, sobre lo que supuso.

Francisco Sevillano Calero es profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante. Entre sus numerosas publicaciones cabe resaltar: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)* (1998); *Ecos de papel: la opinión de los españoles en la época de Franco* (2000); *Exterminio: el terror con Franco* (2004); *Rojos: la representación del enemigo en la Guerra Civil* (2007); *Franco, "caudillo" por la gracia de Dios, 1936-1947* (2009).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra